

## LA ANTIGUA TORRE DE SANTA ELENA, EN EL ALTO VALLE DEL GÁLLEGO

Manuel GÓMEZ DE VALENZUELA

Desde la alta Edad Media, el valle de Tena constituyó una importante vía de comunicación entre Aragón y Gascuña. Por él pasaron primeramente los peregrinos que seguían el Camino de Santiago, a quienes los hospitales de Gabás y Secotor brindaban hospedaje. Más adelante, fueron sustituidos por los arrieros y comerciantes, el incremento de cuyas actividades motivó que en 1257 Jaime I dictara una orden creando aduanas en Sallent<sup>1</sup>.

El tráfico entre los valles de Ossau y Tena se incrementó durante el siglo XIV. En su última década, el merino de Jaca enviaba periódicamente guardias “al paso de Tena” para evitar el contrabando y la entrada ilegal de caballerías. En las primeras alarmas por invasiones, la defensa se concentraba en el desfiladero de Búbal y el paso de Santa Elena, único lugar donde la configuración del terreno permitía la fácil protección del

---

<sup>1</sup> Publicado por Ambrosio HUICI MIRANDA y M.<sup>a</sup> Desamparados CABANÉS PECOURT en *Documentos de Jaime I de Aragón (1251-1257)*, tomo III, doc. 830. Zaragoza, 1978.

camino<sup>2</sup>. La defensa estaba encomendada a los propios tensinos, a quienes los reyes de Aragón dirigían periódicas llamadas para que defendieran el valle contra los intentos o amenazas de invasión francesa<sup>3</sup>.

La demanda de un pleito que enfrentó a la villa de Biescas con el valle en 1455, nos presenta un cuadro de enorme actividad, al describirnos a

“los vezinos e habitantes del val de Thena e los vezinos e habitantes en las señorías de França, d’Anglaterra, Compte de Fox e de Begorra et los vezinos e habitantes en la señoría de Gavín et en las valles de Broto, Bassa, Sarraulo e Cortillas”,

pasando y trajinando “por si mismos e con sus bestias cargadas e bueytas” a lo largo del río Gállego. Este tráfico supone un paso cómodo, que los tensinos comenzaron a facilitar mediante la construcción de puentes, pero también motivó la necesidad de precaverse contra posibles invasiones levantando algunas fortificaciones. El mismo documento nos habla de “la fortaleza del lugar de Sallent, ya comenzada”<sup>4</sup>.

El montículo donde se alzó el castillo conserva aún el nombre de “El Castiecho”<sup>5</sup>. El Padre MARTÓN, a mediados del siglo XVIII, nos describía “su cumbre llana y de admirables vistas, ya sepultadas entre el heno y las yervas, que conserva vestigios de fábricas y servía para defender con las referidas torres” (las de las casas solariegas del lugar)<sup>6</sup>.

A lo largo del siglo XVI, la corriente comercial siguió en aumento y el camino fue mejorando: se construyeron nuevos puentes sobre el Gállego, el Aguas Limpias y el Caldarés, y se arregló y cuidó el camino real. El siglo transcurrió más o menos pacíficamente, hasta que en febrero de

<sup>2</sup> LEDESMA RUBIO, M.<sup>a</sup> Luisa, “El libro de Cuentas del Merinado de Jaca (años 1387 a 1399)”, *Aragón en la Baja Edad Media*, Universidad de Zaragoza, Facultad de Filosofía y Letras, 1977, pp. 156-158.

<sup>3</sup> GONZÁLEZ ANTÓN, Luis, *Las Uniones Aragonesas y las Cortes del Reino*, CSIC, Zaragoza, 1975, tomo II (Documentos), pp. 119, 177, 379, 484, 503 y 550.

<sup>4</sup> Archivo de casa Lucas (Panticosa). Protocolo del notario Martín Pérez de Escuer para 1455.

<sup>5</sup> GUILLÉN CALVO, José Antonio, *Toponimia del valle de Tena*, Zaragoza, 1981, p. 131.

<sup>6</sup> MARTÓN, fray León Benito, *Sallent, cabeza del valle de Tena*, Pamplona, 1760, edición facsímil, 1982, p. 76.

1592, a raíz de los sucesos de Antonio Pérez, los hugonotes franceses invadieron el valle. Como relata BLASCO DE LANUZA: “Tomando (los bearneses) el paso del estrecho de Santa Elena, no podía salir persona alguna del valle de Tena”, ya que “llegando al paso lo pusieron en defensa”. Con las espaldas guardadas, entraron en Biescas y la saquearon. La contraofensiva aragonesa tropezó con la resistencia organizada en el desfiladero de Santa Elena, “donde los luteranos tenían gente con algún orden”. Finalmente, fueron desalojados y perseguidos valle arriba<sup>7</sup>.

Esta escaramuza hizo ver a Felipe II la grave necesidad de defender los pasos del Pirineo, por lo que ordenó a don Alonso de Vargas “que se fortificasen los pasos más peligrosos de las entradas de Francia”<sup>8</sup>.

Para ello encargó al ingeniero militar Tiburcio Spanoqui que efectuara un reconocimiento a fondo de todos los valles aragoneses y estudiara la posibilidad de su defensa. De esta época datan la ciudadela de Jaca; las torres de Ansó y de Isil, al norte de Siresa; el primitivo castillo de Coll de Ladrones, y la antigua torre de Santa Elena. Las órdenes del monarca fueron cumplidas sin dilación, pues el 2 de abril de 1592 Spanoqui informaba al rey: “El castillo de Canfranc y lo de Santa Elena, que es lo que aquí más combiene, están puestos ya en muy buena defensa”<sup>9</sup>, probablemente con medios provisionales. El 7 de abril, el italiano escribía a Felipe II:

“La aspereza de la sasón que corre este año, juntamente con la del sitio destas montañas, impiden la brevedad con que deseo acabar la visita dellas. Hasta ahora tengo corrido la val de Ansó, la de Hecho, la de Canfranc y la de Saliente (=Sallent), en el qual trecho se comprende todo el confín de Bearnia”<sup>10</sup>.

---

<sup>7</sup> BLASCO DE LANUZA, Vincencio, *Historias eclesiásticas y seculares del reino de Aragón*, tomo 2, Zaragoza, 1622, pp. 243-268. MARQUÉS DE PIDAL, *Historia de las alteraciones de Aragón en el reinado de Felipe II*, Madrid, 1863, tomo III, pp. 25-58.

<sup>8</sup> BLASCO DE LANUZA, V., *Historias...*, tomo II, p. 268.

<sup>9</sup> OSSET MORENO, Enrique, *El castillo de San Pedro de Jaca*, Zaragoza, 1971, anexo II.

<sup>10</sup> OSSET, Enrique, *El castillo...*, anexo VI.

Tras este penoso viaje, el ingeniero italiano informaba al rey de la conveniencia de edificar una fortaleza en el paso de Santa Elena, que describe así:

“500 pasos antes de llegar a la iglesia, hay una angostura de tanto trecho quanto es el río, que será de 30 pasos en cerca. El camino real pasa por abajo las peñas, aunque desde allí al río caben más de 60 pies de altor, toda la peña tajada. En este puesto se hace una torre, que antes de mi llegada ya se habían cortado piedras y apercebido cal para ella. Convendría, además de la dicha torre, hazer otra en lo alto por donde se sube a la ermita de Santa Elena”.

Sugería también “que en el lugar de Saliente se hiciere un castillejo, así por amparo de los del lugar como aun para los de dentro del presidio de Santa Elena, en el qual no se allarían hombres que quisiesen asistir su guardia si a veces no se trocasen”. Como emplazamiento proponía el Castiecho, “montículo arrimado al pueblo y todo roca viva, en el cual, con poco menos de 6.000 ducados se haría una capacidad para 50 hombres”<sup>11</sup>.

La torre de Santa Elena se edificó rápidamente, y a principios del siglo XVII ya se encontraba en ella una guarnición, al mando de un cabo. En 1641, el comandante del castillo de Jaca, ante la amenaza provocada por la guerra, informaba:

“La torre de Santa Elena la tiene por Su Majestad el ayudante don Martín Pardinás, muy buen soldado. Tiene 8 soldados y se probeen deste castillo. Tiene armas y municiones, las que necesita, ha menester algunos reparos y en este puesto se puede hacer muy buena defensa atricherando la ermita de Santa Elena”<sup>12</sup>.

Conservamos algunas descripciones e imágenes de cómo era esta pequeña fortaleza durante los siglos XVII y XVIII. En 1687, el ingeniero militar francés Monsieur Thierry, con claros fines de espionaje, atravesó el valle, quizás disfrazado de arriero bearnés, y proporcionó una meticulosa descripción del mismo. Así describe la torre de Santa Elena:

<sup>11</sup> OSSET, Enrique, *El castillo...*, anexo IX.

<sup>12</sup> OSSET, Enrique, *El castillo...*, anexo XII.

“una torre cuadrada, de 5 toesas de lado, que cierra completamente la colina en ese lugar. El camino conduce a ella pasando por debajo de una bóveda sobre la que está construida la torre. No tiene ninguna fuerza defensiva, ya que carece de garita y escalón, solamente tres puertas permiten el tráfico: una a cada lado de la bóveda y una en medio, donde hay una escalera para subir a la bóveda. En lo alto se encuentran los alojamientos para los soldados y oficiales, que permanecen bajo la bóveda durante el día y se retiran durante la noche, tras el cierre de las puertas. Éstas están defendidas por un pequeño redín, hecho con empalizadas, ante cada una de ellas. El fuerte está colocado sobre una roca inaccesible del lado del río y con montañas inaccesibles a la izquierda”<sup>13</sup>.

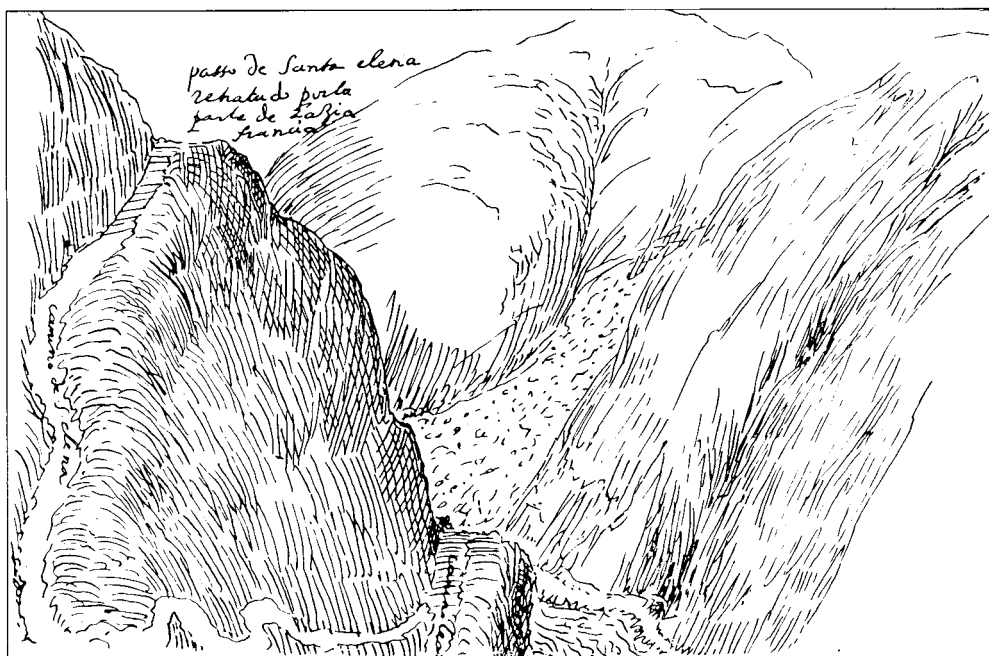


Fig. 1. Croquis de Tiburcio Spanoqui para el emplazamiento del fuerte.

En un dibujo de Spanoqui (fig. 1), vemos el lugar que proponía para el emplazamiento de la fortaleza: junto al cortado, aguas abajo del arranque del camino de subida a la ermita, donde hoy se encuentra la casamata para los cañones.

<sup>13</sup> DRUÈNE, Bernard, “Les devis de l’ingénieur Thierry”, *Révue de Comminges*, Toulouse, 1953, pp. 137 y 138.

Durante la guerra con Francia (1639-45) la torre fue puesta en estado de alerta, pero no llegó a entrar en combate, ya que los franceses no invadieron el valle de Tena. En 1642-43, “Biescas atrincheraba el frente y cada día guardaba el paso de Santa Elena, ante la actividad militar de los franceses”. Especial alarma debió de causar a los montañeses el observar, en 1642, que los enemigos acondicionaban el terreno, al otro lado de la frontera, para colocar artillería<sup>14</sup>.

La torre entró en combate por primera vez durante la guerra de Sucesión. El marqués de Saluzzo, general al servicio de la causa borbónica, mandó establecer en ella una fuerte guarnición, mantenida a costa de los habitantes del valle. En el verano de 1706, tras la revuelta popular que provocó la adhesión de Huesca a la causa austracista, las tropas archiduciales ascendieron al alto Pirineo, para cortar a sus rivales los caminos y comunicaciones con Francia. El alcalde bearnés de Aspe relataba al subintendente real en Pau: “Biescas y su tierra se unieron a los oscenses y se apoderaron mediante un ardid del fuerte de Santa Elena. Pero, atemorizados ante la decidida actitud de los tensinos, se retiraron a Biescas”<sup>15</sup>. Al tener en su mano la fortaleza, las tropas austracistas cortaron el camino que comunicaba el valle con el llano, por donde le entraban suministros vitales, como trigo, aceite, vino y sal, y bajaban los ganados trashumantes del valle hacia sus pastos de invierno en Monegros y la ribera del Ebro. Así lograron obligar a los tensinos, de talante claramente borbónico, a reconocer al archiduque como rey de España, lo que muy contra su voluntad hicieron el 5 de diciembre de 1706, después de tres meses de asedio. Los austracistas habían colocado en la torre una guarnición al mando del cabo Diego Ynés, que firmó como testigo de la sumisión del valle al pretendiente<sup>16</sup>.

La torre fue reconquistada en la primavera de 1707, tras la ofensiva borbónica por el Altoaragón. En la lucha debió de morir el cabo Diego Ynés.

---

<sup>14</sup> COLÁS LATORRE, Gregorio, “Los valles pirenaicos aragoneses y su colaboración con la monarquía en la defensa de la frontera (1635-1643)”, *Argensola*, n.º 85 (Huesca, 1978), p. 16.

<sup>15</sup> DRUÈNE, Bernard, “Les lies et passeries, spécialement pendant la Guerre de Succession d’Espagne”, en la obra colectiva *Lies et Passeries dans les Pyrénées*, Tarbes, 1986, p. 79.

<sup>16</sup> GÓMEZ DE VALENZUELA, Manuel, “La guerra de Sucesión en el valle de Tena”, *Argensola*, n.º 103 (Huesca, 1989), pp. 55-80.

Terminada la guerra, el castillo volvió a su calma habitual. Como las otras fortificaciones del Pirineo aragonés, fue abandonado hacia 1731-32. El 30 de septiembre de 1737, “por orden del Excmo. Sr. Duque de Montemar, primer Ministro de la Guerra de Su Majestad”, el coronel de Ingenieros en Jefe de los Ejércitos, plazas fronterizas y Real Dominio de Su Majestad, don Andrés Jorge, barón de Soler, redactaba un informe sobre “la existencia y consistencia de las casas o torres de Echo, Ansó y Santa Elena, y el estado en que se hallan”<sup>17</sup>.

Tras describir el lugar de su emplazamiento, afirma de la de Santa Elena:

“Su figura y construcción se diferencian poco de las casas de Echo y Ansó aunque en esta haya alguna más capacidad que en las otras. El camino que va a la valle de Tena pasa por dentro de la casa, cerrándose por uno y otro lado con sus puertas”. “Está también abandonada, y sus tejados, puertas y ventanas como de habitación sin uso, a la inclemencia de los tiempos, en situación tan fragosa”.

Añade: “La torre está entre las montañas y camino que comunica a la valle de Tena con la frontera de Francia, internada en España, con lo que su guardia servía sólo de guardar este paso de dentro de España a dentro de España”. Según el barón, los caminos que la bordean por encima de los montes hacen que, al no ser el paso por ella obligatorio, “no resulte de ella utilidad militar”, “antes bien, más embarazo en la comunicación de los lugares de la valle de Tena con los demás de las montañas de Jaca”. Concluye el informe desaconsejando la reconstrucción de este fuerte “por ser gasto superfluo”.

En 1749, y a pesar de los consejos del barón de Soler, debía de haberse realizado alguna reparación en el edificio. El sallentino fray León Benito de MARTÓN, entusiasta apoligista de su valle natal, la describía así:

“A la mano siniestra, se registra entre las bien elevadas rocas el santuario o iglesia de Santa Elena. A la parte inferior, un fuerte castillo, por cuyo centro el camino real traviessa, y pegado a él, más abaxo, el río Gállego, muy crecido y que su brecha lo deja inexpugnable. Es tradición hizo fabricar nuestra Santa Emperatriz una fortaleza o castillo, para aquel

<sup>17</sup> Archivo del Servicio Histórico Militar, doc. 2.363/3-4-5-4.

tiempo muy fuerte. Dejólo tan incontrastable que, construido en el camino real, ni los caminantes o pasajeros pueden transitarlo no siendo aves, a menos que los de la guarnición les abran las puertas. Si esto sucede en el mediodía y septentrión, ni aun esso al Poniente, teniendo un peñasco muy peynado que precipita o despeña el Gállego referido, y por el Oriente las impertransibles murallas que hemos dicho del valle de Tena”.



Fig. 2. El fuerte de Santa Elena a mediados del siglo XVIII. Obsérvese la bóveda que cierra el camino.



El ingenuo grabado que ilustra esta edición (fig. 2) muestra la torre de Felipe II cubriendo el camino real con su bóveda. La imagen resulta un tanto fantasiosa, ya que se representa como un almenado castillo medieval lo que debió de ser poco más que una casamata. BLASCO de LANUZA, en 1622, afirmaba con más ponderación que “aunque las torres que se hicieron no son de tanto momento, lo son mucho en la tierra donde están y con la fuerza y valor de los naturales”<sup>18</sup>.

En 1750 se decidió la construcción de una nueva torre, aguas abajo de la antigua. La edificación no debió de ser muy rápida, pues el 28 de agosto de 1752 el “ingeniero en segundo, don Pasqual de Nabas” informaba sobre el estado del viejo castillo y la construcción –ya iniciada– de una nueva fortaleza<sup>19</sup>.

Dice así el ingeniero:

“Esta torre que dista una hora de la villa de Biescas sobre la avenida de Francia en la entrada del valle de Tena, queda trazada a 125 varas antes de llegar a la que ha servido antiguamente, la qual se ha de demoler a la excepción de lo conveniente para dejar un antepecho a lo más de tres pies y medio de alto, a fin de precaver las desgracias que sin él pueden sobrevenir en el precipicio que tiene y cae sobre el río Gállego. El puesto en que, como queda dicho, se coloca la torre nueva es el más ventajoso que se halla en aquellos parajes y que sujeta su avenida, sin padrastró o dominio que la pueda ofender considerablemente”.

Según el mismo don Pascual,

“El estado en que hoy día de la fecha quedan estas obras, es el de que las excavaciones correspondientes a sus cimientos, por lo perteneciente a las torres, aunque hay mucho trabajado, se concluirá dentro de diez o doce días si el tiempo se mantiene, a cuyo término se podrán cimentar”.

---

<sup>18</sup> MARTÓN, fray León Benito, *Sumaria investigación de las plausibles antigüedades del célebre Santuario de Santa Elena...*, Zaragoza (1749), edición facsímil del Ateneo de Zaragoza, 1983, pp. 57-60. BLASCO DE LANUZA, Vincencio, *Historias eclesiásticas y seculares del reyno de Aragón*, Zaragoza, 1622, t. II, p. 268.

<sup>19</sup> Archivo del Servicio Histórico Militar, doc. 2.365/3-4-5-7.

Al estallar la guerra de la Convención, se concentraron fuertes dispositivos en el Pirineo. En mayo de 1793 el brigadier don Juan Caraffa tenía asignados para su defensa el valle de Tena, Santa Elena, Biescas y Sallent, con 1.400 hombres a su mando<sup>20</sup>. El 30 de junio, en un audaz golpe de mano, las tropas del marqués de Castelfranco cruzaron el Portalé e incendiaron la casa de Brousset, refugio de caminantes que los revolucionarios habían transformado en puesto avanzado<sup>21</sup>. Esta acción no provocó reacción francesa y hasta 1795 el valle vivió tranquilo, aunque fuertemente protegido: en ese año 109 hombres guarnecían a Panticosa y 510 a Sallent, apoyados en las frágiles fortificaciones –poco más que parapetos de tierra y piedra y pozos de tirador– de Canal Roya, las Arroyetas de Portalé, los apostaderos bajo y alto de Aneu y la batería de Loradé, cuyos restos aún se podían ver en 1801.

Otro informe de un inspector militar, esta vez don Luis de Baccigalupi, describe en 1801 las fortificaciones suplementarias construidas para reforzar Santa Elena en 1793:

“Se construyó una batería de 2 piezas a 20 varas delante de la torre, haciendo pasar el camino por debajo della, cerrándolo con dos puertas una a la entrada y otra a la salida, que se quitaron después de la guerra. Dentro de la batería se hizo un gran barracón de tablas para 40 hombres y otros 30 debían estar en la torre. Al otro lado del río, pasando una palanca (=puente de tablas) se executó en un montecito otra batería para dos piezas, con su barracón de madera para 20 hombres, que se cruzaban los fuegos de ambas sobre el camino a todo el alcance del cañón”.

En el informe que Baccigalupi, “ingeniero comandante de la plaza de Jaca”, elevó en el citado año al general don Josef de Urrutia, nos presenta una fortaleza en buen estado y bien conservada, distinta de la ruina que vimos en 1737:

“Bajando desde Sallent por el curso del Gállego se halla a cuatro horas de distancia en paraje muy ventajoso y paso preciso la torre de Santa Elena, cubierta de pizarras”<sup>22</sup>.

<sup>20</sup> FERRER BENIMELI, José Antonio, *El conde de Aranda y la guerra contra la Convención*, Zaragoza, 1965, p. 161.

<sup>21</sup> *Ibíd.*, pp. 181-190, y DRUÈNE, Bernard, “Le combat de la Caze de Brousset”, *Revista Pyrénées*, n.º 125/126 y 127/128, 1981.

<sup>22</sup> Archivo del Servicio Histórico Militar, doc. 2.365/3-4-5-11.

La evolución de los acontecimientos en Francia y Europa no hacía presagiar nada bueno, y de nuevo vemos en 1803 al infatigable Baccigalupi inspeccionando de nuevo la torre por orden del Príncipe de la Paz. La califica de “casa fuerte”, cuya figura

“consiste en una pirámide cuadrada truncada, su lado bajo 60 palmos, la altura de la torre 80, la puerta de su entrada 12 palmos más alta que el camino de Francia que pasa subiendo a la derecha de la torre por un portal que se cerraba como las torres de Hecho y Ansó en tiempo de la última guerra. Subiendo a la derecha, en el primer piso se halla la capilla y en ella la trampa para bajar a la bóveda y a la izquierda un cuarto para oficial con su común. En la mitad de la subida al segundo piso se hallan dos pequeñas bóvedas, y en ellas pueden colocarse 20 hombres. En el segundo piso se halla la cocina en la misma sala, sin división alguna, pudiéndose colocar en ella 30 hombres, y en su falsa, que en todo son 60. El cubierto de esta torre es de losa fina, el grueso de sus paredes seis palmos, todos los pisos son de bóveda y su pavimento enlosado hallándose generalmente en muy buen estado. A lo alto de esta torre hay tres ventanas: una al medio, otra al Norte y otra al Oriente donde en caso necesario se pueden colocar obuses o cañones de montañas, como en las de Ansó y Hecho. En toda la torre hay dos andenes de espilleras para mosquete o fusil en el número de 80. Se probó por su Majestad su construcción en el año 1750”.

El ingeniero proponía complementar la fortificación con dos baterías

“una frente al lado de la torre que mira para Francia y la otra a la izquierda del Gállego, sobre una altura llamada de San Martín que por su frente tiene un barranco que se junta con el citado río Gállego y se llama Merdacero”.

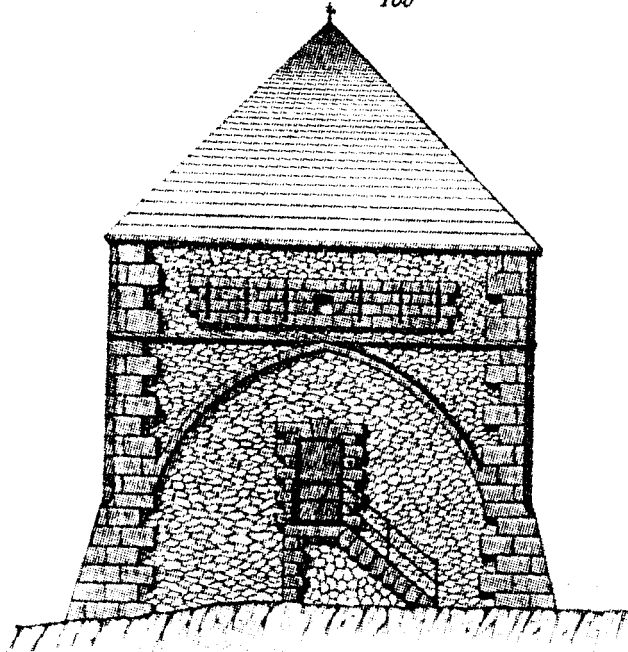


Fig. 3. Emplazamiento del fuerte: A, nueva torre; B, torre antigua; C, santuario; b, batería de San Martín.

Figura 9<sup>a</sup>

Torre antigua Vista por el frente S.

Escala  $\frac{1}{100}$



Daca 12 de Octubre de 1905

El CAPITAN

*Picardo Salas*

Fig. 4. La antigua torre de Santa Elena tras su reconstrucción, en 1905.

Esta descripción tan minuciosa coincide plenamente con los dibujos conservados en el archivo del Servicio Histórico Militar<sup>23</sup>, sin fecha, pero hacia 1793, en los que se aprecian las fortificaciones de protección de la torre y su forma de pirámide truncada. En uno de ellos se ve el segundo piso con el cuarto del oficial y el “común” (retrete) sobre el Gállego, la sala común con la cocina y la chimenea, las falsas y bóvedas por encima del túnel por el que pasaba el camino y la trampa para bajar a las bóvedas. Lógicamente, los parapetos parecen mucho más fuertes y complicados del lado de Francia que del de España, y constaban de fajinas o empalizadas cubiertas de tierra.

En el mapa de su emplazamiento (fig. 3) se aprecia la antigua torre (c) y la nueva (A), la palanca para cruzar el río y la batería de San Martín (D), así como el barranco Merdacero (H), hoy llamado del Puerto.

Según puede apreciarse en la fig. 4, la antigua torre era un edificio de dos pisos, troncopiramidal, techado a cuatro aguas con losas de piedra. El piso inferior, a nivel más alto que el del camino, estaba sostenido por cuatro arcos de descarga apuntados —que aún se conservan hoy— que abarcaban toda la fachada. En los lados norte y oeste se abrían aspilleras para fusilería. El entorno cambió al construirse el fuerte actualmente existente. Se voló la peña del lado de la montaña, con lo que la torre quedó exenta; y al poderse pasar por su lado, se tapiaron las puertas de las bóvedas.

Hoy la torre está en estado ruinoso: con las bóvedas desplomadas y el recinto lleno de escombros. En las fig. 5 y 6 se aprecian aún los “andenes de aspilleras” de que hablaba Baccigalupi y el arranque de las bóvedas que cubrían el camino.

La torre construida en 1752 fue de nuevo destruida en agosto de 1808. El día 8 de ese mes

“se introdujo una división francesa en el valle de Tena. Incendiaron los pueblos y robaron ganados, asesinando a las personas que no huyeron. En Sallent quemaron las casas principales y varias ermitas y si no quemaron la iglesia parroquial fue debido a la esposa del jefe que los acaudillaba, que, amante de las bellas artes, no permitió que pereciesen las preciosas pinturas del altar mayor”<sup>24</sup>.

<sup>23</sup> A S H M, doc. 2.360/3-4-5-1.

<sup>24</sup> PLEYÁN DE PORTA, J., “El valle de Tena”, en *Aragón histórico, pintoresco y monumental*, Zaragoza, sin fecha, p. 576.



**Fig. 5.** La torre en su estado actual. Vista desde el sur.



**Fig. 6.** La torre en su estado actual. Vista desde el noreste.

En esta entrada de las tropas imperiales, debió de producirse una escaramuza en la torre, defendida por voluntarios jacetanos, que llevó a su destrucción. El capitán Desboeuf, que en 1813 pasó por el valle, en una retirada a marchas forzadas desde Huesca, en la que los franceses recorrieron 18 leguas en 25 horas, describía así el paisaje:

“Una larga calzada que de lejos parecía una cinta blanca, permitía el paso por lugares escarpados y casi impracticables. Más abajo, un puente a punto de desplomarse, agrietado por las raíces de los arbustos que habían brotado bajo su bóveda, entre la sillería del arco (*el puente del Asieso, aún existente*), daba entrada a un fuerte en ruinas que cerraba antaño este paso y cuyos cimientos batían las aguas del Gállego”<sup>25</sup>.

Los testimonios del siglo XIX confirman que, desde la guerra de la Independencia hasta la década de 1880, en que comenzó a construirse el nuevo fuerte, la torre quedó reducida a un montón de ruinas. MADDOZ sólo alude a ella de paso: “Bien cerca de la dicha montaña hay una pequeña fortaleza y a poca distancia, sobre la derecha del camino, el famoso santuario de Santa Elena”<sup>26</sup>. Hacia 1870, SOLER y ARQUÉS decía: “Las montañas de derecha e izquierda del Gállego, con ruinas de baterías, forman en aquel punto los nombrados y peligrosos desfiladeros llamados de Santa Elena y del Castillo, sumamente pintorescos”<sup>27</sup>. PLEYÁN DE PORTA hacia 1880 se refiere también “al santuario de Santa Elena y restos de fortificaciones en el desfiladero de este nombre”<sup>28</sup>.

La torre de Santa Elena siguió en su ruinoso estado hasta 1884, en que comenzó la construcción de la actual fortaleza, que duraría hasta 1890. En las grandes obras que entonces se hicieron, se sustituyó la vieja “palanca” por el airoso puente que hoy cruza el abismo; en el emplazamiento de la torre de Felipe II se excavó una casamata para dos cañones; la torre de 1752 fue remozada y reconstruida, y las voladuras de la roca cambiaron su emplazamiento y entorno para construir la galería de aspilleras para fusilería.

<sup>25</sup> *Souvenirs du Capitaine Desboeuf*, Paris, Girard, 1901, pp. 191-192.

<sup>26</sup> MADDOZ, Pascual, *Diccionario geográfico, estadístico e histórico*, 1840-50. Voz “Pirineos”.

<sup>27</sup> SOLER Y ARQUÉS, Carlos, *De Madrid a Panticosa*, Madrid, 1896, p. 370.

<sup>28</sup> PLEYÁN DE PORTA, J., “Jaca”, en *Aragón histórico, pintoresco y monumental*, Zaragoza, sin fecha, p. 581.



### *La guarnición de la torre*

La vida de los soldados que guarnecían este fuerte –como todos los pirenaicos– debió de ser tremendamente dura. Ya Tiburcio Spanoqui, al proponer a Felipe II la construcción de la torre de Santa Elena, argumentaba en favor de la construcción de un castillo en Sallent:

“Assí por amparo de los del lugar como para los de dentro del presidio de las dos torres de Santa Elena, en las cuales y demás no se hallarían hombres que quisiessen asistir su guardia si a veces no se trocassen”<sup>29</sup>.

En el siglo XVII y en épocas de paz, el número de los componentes de la guarnición era reducido: 8 hombres, a las órdenes del ayudante Martín Pardinás en 1641<sup>30</sup>. Los suministros les venían del castillo de Jaca, aunque no parece aventurado pensar que llegarían irregularmente, por lo que los soldados deberían procurarse la subsistencia por otros medios. En 1793, según los cálculos de don Luis Baccigalupi, entre la torre y la batería pudo llegar a haber unos 100 hombres, de ellos 80 en el fuerte.

Desde la llegada de los Reales Ejércitos al valle, inmediatamente después de la invasión bearnesa, las relaciones entre soldados y montañeses no fueron nunca especialmente cordiales.

En mayo de 1592 estalló el primer incidente. Pedro Abad, soldado de la compañía de arcabuceros a caballo, mandada por don Diego de Miranda y de Quirós, había cometido “cierto caso y delicto” contra un compañero de armas. Don Diego salió en su persecución, pero el soldado se acogió a sagrado en la iglesia de Tramacastilla, de donde el capitán intentó sacarlo, alegando incluso el dictamen favorable del Auditor General del Ejército de su Majestad, “que de presente estaba en el Valle”. Mosén Miguel Lope, párroco de Tramacastilla, consciente del desenlace que iba a tener esta reyerta, convocó a Juan de la Casa, notario del pueblo, y se opuso a las pretensiones del capitán, afirmando

<sup>29</sup> Carta de Tiburcio Spanoqui a Felipe II, sin fecha, pero sin duda de marzo de 1592, ya que habla en ella de “la ocasión de estos días atrás”, refiriéndose a la entrada de los bearneses en el valle, en febrero de ese año. OSSET, E., *El castillo de San Pedro de Jaca*, pp. 195-212, anexo IX, con reproducción fotográfica íntegra del documento.

<sup>30</sup> OSSET, E., *El castillo...*, p. 233.

“que la inmunidad y preheminiencia de la iglesia no diese lugar a poder sacar semejantes presos, que, por tanto, cumpliendo con lo que a su oficio y descargo estaba obligado, dijo que no consentía, como de fecho no consintió, en que el dicho preso fuese sacado ni llevado de la dicha iglesia por ninguna vía ni manera”.

De poco le valió su valiente actitud, pues como dice el notario:

“El dicho don Diego de Miranda, cumpliendo con lo que se le había mandado y a lo que por su oficio era obligado, mandaba sacar, como sacó, de la dicha iglesia al dicho Pero Abad, y llevado al cuerpo de guardia”<sup>31</sup>.

A raíz del establecimiento de una guarnición permanente en Santa Elena, ésta comenzó a perturbar la vida del valle. Los soldados, mal abastecidos, ociosos, hambrientos y aburridos, se procuraban el sustento cobrando peajes ilegales a los arrieros y ganaderos que transitaban por el camino real.

El 16 de octubre de 1608, ante el capitán Diego de Córdoba, cabo de la fortaleza, compareció el lugarteniente de justicia del valle de Tena y se quejó –siempre ante notario– de que en el mes de junio anterior, cuando subía 61 yeguas del caballero oscense don Juan de Torrellas a los pastos de verano del valle, el anterior cabo, don Juan Rodríguez, le había puesto grandes dificultades, sin duda sobre la base de la prohibición de exportar caballos a Francia. El objeto de la entrevista era permitir que el ganado pudiera bajar sin problemas, ya que un par de yeguas habían muerto mientras pastaban, y no querían que se pensara en contrabando. El asunto se arregló amistosamente: el yegüero prometió dar toda clase de fianzas y albaranes y el cabo consintió en el paso del ganado<sup>32</sup>.

En este caso, el alférez actuó conforme a derecho, en cumplimiento de las muchas vedas de saca de caballos a Francia y a su justificado recelo ante la posibilidad de contrabando. Peor cariz y mayor arbitrariedad revisó el hecho sucedido diez años después.

<sup>31</sup> Archivo Histórico Provincial de Huesca. Protocolo de Juan de La Casa, notario en Tramacastilla, ff. 7 y 8.

<sup>32</sup> Archivo Histórico Provincial de Huesca. Protocolo de Joan Guillén, notario en Panticosa, n.º 6.927, ff. 160-161.

El 12 de diciembre de 1618, el notario Juan Antonio Blasco Narros bajó desde Sallent a la torre de Santa Elena para presentar al alférez Gaspar Gómez unas letras de firma de derecho<sup>33</sup> emanadas de la Corte del Señor Justicia de Aragón, expedidas el 18 de abril de 1617. En su virtud, el notario pidió al oficial que devolviera inmediatamente las dos cargas de aceite y las cabalgaduras que las transportaban, que había confiscado injustificadamente al arriero navalés Juan Roda, contratado por Matías Blasco, tendero de Sallent. El jurista volcó sobre don Gaspar todo el repertorio de formulismos y amenazas forales: le conminó a obedecer las Letras de Firma de Derecho, le entregó una copia de las mismas, le intimó a acatarlas y, tras informarle de su derecho a recurrir ante el Justicia de Aragón, añadió:

“Lo contrario haciendo, le dije que protestaría, como de hecho protesté, contra él, su persona y bienes, de todo lo lícito protestar, y en señal de verdadera protestación, le enseñé las letras originales”.

La respuesta del capitán –muy probablemente castellano– es un modelo de altanería. Dijo al notario, al que me imagino estupefacto, que

“no quería recivilla ni la resciviría, atento a que él estaba subordinado a la Capitanía General y órdenes del Maestre de Campo, y que por ser extranjero del reyno no tenía noticia de las firmas ni su fuerza, y que mientras tanto no la obedecería, sino que guardaría sus órdenes y disposiciones y que, según ellas, había ocupado el aceite y machos que se le pedían...”<sup>34</sup>.

De este documento se deduce que las demasías del alférez venían ya de tiempo atrás, ya que antes de abril de 1617 la junta del valle había tenido que recurrir a la firma de derecho para que los militares pusieran fin a sus tropelías. Por otra parte, el valor cívico del notario, enfrentándose a uno de los mostachudos y orgullosos oficiales de la época de los Tercios, sin más armas que unos papeles legales, infunde respeto y confirma la fe ciega que aquellos aragoneses tenían en sus fueros.

<sup>33</sup> BONET NAVARRO, Ángel, *Procesos ante el Justicia de Aragón*, Zaragoza, 1982, pp. 108 y ss., define la firma de derecho como “proceso que incluye diversas especialidades procesales. La de agravios temidos o hacederos se reducía a evitar el agravio que se pretendía inferir al firmante”.

<sup>34</sup> Archivo de casa Lucas (Panticosa). Protocolo de Juan Antonio Blasco Narros, notario en Sallent, para el año 1618, ff. 91-93.

La coexistencia siguió siendo difícil. El 15 de marzo de 1627, “el magnífico Miguel Guillén, infanzón y habitador del lugar de Panticosa”, compareció en elevado estado de indignación ante la junta general del valle de Tena y alegó que “Don Francisco de Pinós, cabo o capitán que de presente preside, es o está en la torre de Santa Elena”, le había difamado y acusado de

“revolvedor de pueblos, ya que (*don Miguel*) había ido por todos los lugares del valle de Tena a sobornarles e inducirles a escribir la carta que dicha valle había enviado al señor gobernador contra el dicho cabo de la torre de Santa Elena, por las composiciones y greuges (= *agravios*) que dicho capitán hacía en cada un día a los vecinos de dicha valle y a otros extranjeros y franceses que pasaban con aceite, dineros y otras mercaderías por dicha torre, les hacía pagar y compositar de cada carga de aceite a tres reales jaqueses”.

El infanzón argumentó que la carta había sido escrita por la junta del valle, en una sesión de la que él estuvo ausente. La junta hizo causa común con el airado panticuto, afirmando ante el notario que dicha asamblea había encargado a su procurador, don Martín Juan de Acín, notario causídico de Zaragoza, que elevase un memorial al gobernador denunciando el proceder del capitán. La junta señaló que “cada día recibía quejas de los tenderos que traían aceite para los lugares del valle” por los tres reales por carga que el oficial les exigía “como fueran extranjeros de dicha valle”. También había recibido denuncias de los gascones y franceses “por los dineros que el dicho capitán les tomaba a su arbitrio y voluntad”. La junta emitió un informe de buena conducta de don Miguel, “persona abonada, hidalgo e infanzón”, que había interpuesto sus buenos oficios para calmar rivalidades entre militares y montañeses. Incluso cuando, en febrero de 1627, don Francisco de Pinós confiscó un rocín con una carga de aceite que traía Miguel de Saras, tendero de Panticosa, don Miguel bajó a la torre con el infanzón sallentino Miguel Martón y entre ambos lograron arreglar las cosas amigablemente<sup>35</sup>.

La gestión ante el gobernador debió de surtir efecto, pues dos meses y medio después de este incidente don Francisco de Pinós había sido susti-

---

<sup>35</sup> Archivo de casa Lucas (Panticosa). Protocolo del notario Juan Antonio Blasco Narros para 1627, ff. 119-125.

tuido por el señor sargento Diego de Artigas. Pero fue peor el remedio que la enfermedad, ya que a 31 de mayo de 1627, se reunieron en la fortaleza nada menos que el lugarteniente de justicia de Biescas y los notarios de Panticosa, Biescas y Sallent, que levantaron conjuntamente “acta de capleta” (*fianza de bienes inventariados*) para protestar por la confiscación de 520 cabezas de ganado, propiedad de don Miguel Guillén, en cumplimiento de órdenes del gobernador de la ciudadela de Jaca, lo que constituye una venganza bastante mezquina contra el infanzón panticuto. La presencia del cuarteto de juristas surtió efecto, ya que el sargento se comprometió a restituir el ganado o a pagar su justo precio<sup>36</sup>.

La prolongada estancia de las tropas reales durante la guerra con Francia (1635-43) no facilitó las relaciones entre tensinos y soldados, ya que éstos saqueaban sin miramientos a los mercaderes y cometían toda clase de demasías. En 1640 llegaron a Biescas 60 soldados y un sargento del castillo de Jaca, a quienes dicha villa debía alojar y mantener. Los montañeses debieron acabar literalmente hartos de la soldadesca, pues al año siguiente

“El valle de Tena enviaba un memorial informando de los daños que hacía la tropa a los pasajeros saliendo a los caminos y quejándose de las órdenes que había dado el maestre de campo de Jaca y su teniente en perjuicio de los de la valle”<sup>37</sup>.

Por fin, los soldados salieron del valle y fueron los propios montañeses quienes se encargaron de su defensa, hasta que volvió la paz.

A principios del siglo XVIII la situación seguía igual: el barón de Soler, al desaconsejar en su informe de 1737 el mantenimiento del fuerte, alegaba

“que resulta embarazo en la comunicación de los lugares del valle de Tena con los demás de las montañas de Jaca, y algún perjuicio en los ganados de los habitantes de aquella valle, que debiendo pasar desfilados por dentro de la casa, frecuentemente pagaban duplicado el diezmo, como de todos los demás que pasaban con víveres”.

<sup>36</sup> Archivo de casa Lucas (Panticosa). Protocolo del notario Juan Antonio Blasco Narros, para 1627, ff. 165-167.

<sup>37</sup> COLÁS LATORRE, G., *Los valles pirenaicos...*, pp. 18 y 19.

En este informe, el barón nos proporciona inapreciables testimonios acerca de la vida de estas guarniciones. Los ejércitos borbónicos, reclutados mediante levadas forzosas entre “vagamundos y mozos mal entretenidos”, no podían ser un modelo de moral militar. El barón avisaba a sus superiores de la frecuencia de las desertiones, y llegaba a advertir

“que ha habido ocasión de desertar toda la guardia entera, siéndole preciso al oficial subalterno cabo de ella, para salvar la vida, que por obviar embarazos quería la guardia quitarle antes de desertar, cerrarse en un cuarto de la casa, hasta que dicha guardia desamparó el puesto, que, o sea la facilidad de entrar en Francia o el librarse de la habitación de aquellos desiertos y ásperos peñascos, parece les influye a desertión”.

Por otra parte, el frío y los temporales de la montaña dejaban aisladas a las guarniciones en las fortalezas. El mismo barón de Soler afirma que al llegar el invierno los soldados de la torre de Hecho “están precisados a retirarse a esta villa, porque las nieves con los grandes vientos llegaba el caso que enterraba la mitad de la casa”. A mitad de noviembre,

“En una noche de repente cargó tanta nieve que impidió a la guardia poderse retirar al lugar, y los vecinos de él poder (*como tenían obligación*) asistir a la guardia con provisiones de víveres, por lo que dicen que hubo ocasión en que viéndose esta guardia envuelta en nieve, sin tener de qué subsistir, por no morir de necesidad, arriesgaron las vidas a la contingencia de salir y apartando la nieve con las manos pudieron con grandísimo trabajo y conocido riesgo llegar a la villa, pero muy trabajados y estropeados”.

El 9 de febrero de 1801, don Miguel de Llamas, gobernador del castillo de Benasque, escribía a Baccigalupi dándole noticias de las fortificaciones que se hacían en el camino de los Baños. Con gran sentido del humor, le decía: “Por acá seguimos bien, a pesar de garapiñarnos, lo que hace que ejercitemos la paciencia contemplando de continuo los tizones”<sup>38</sup>, lo que constituye otro testimonio de la dura vida de aquellas guarniciones en los inviernos pirenaicos.

---

<sup>38</sup> A S H M, doc. 2.365/3-4-5-11.